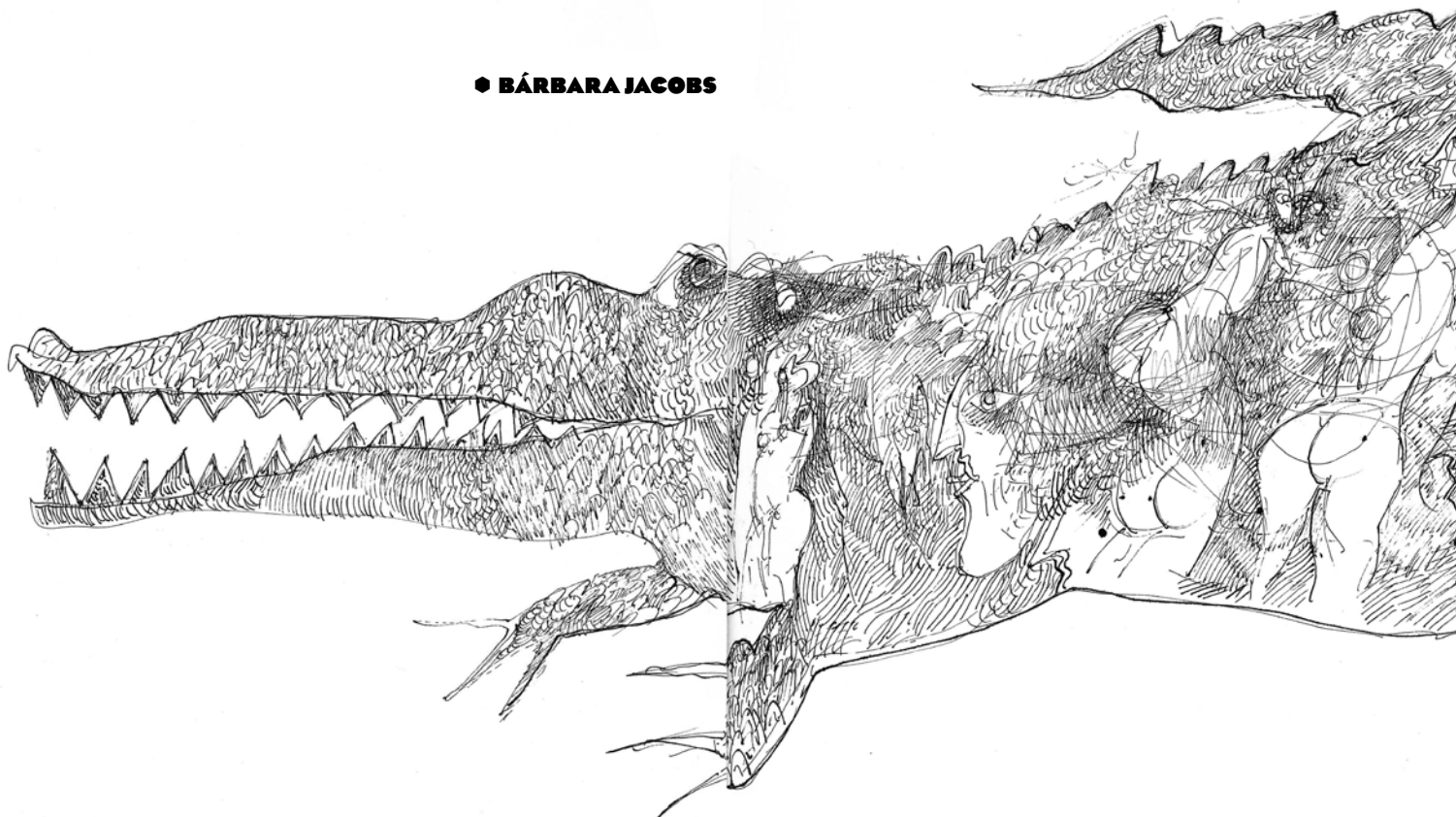


A la letra

Del diario a la nada

◆ BÁRBARA JACOBS

COCODRILO / TINTA CHINA



Ser diarista es el otro extremo de la autodestrucción. Pero ser diarista durante un número exagerado de años tiende a orillar al diarista a la autodestrucción, previa destrucción, se sobreentiende, de su cúmulo completo de diarios y extensiones de sus diarios, como pueden ser las agendas, las listas cotidianas de quehaceres y hasta los directorios telefónicos. Y la situación se agrava aún más si

aparte de diarista el diarista es escritor. Peor, si lo es durante un número exagerado de años, pues además de manuscritos cuenta con borradores, notas y diarios de trabajo.

Es mi caso, y estoy muy preocupada pues el otro día, por ejemplo, sin mucha conciencia de lo que hacía, destrocé mi agenda por el extremo inferior y lo que tenía apuntado para el sábado y el domingo de las

veintiséis semanas del año quedó hecho trizas.

Quería que la agenda cupiera en una bolsa reducida que cargo al hombro y, presa de desesperación, cometí ese error, irreparable y además alarmantemente sintomático. Sintomático, es decir, de mi tendencia a la autodestrucción. Lo peor es que ni siquiera medí previamente cuánto “le sobra” a la agenda original para que cupiera en la

bolsa reducida, pero lo cierto fue que cancelé el registro de los fines de semana de 2015 en vano, y la agenda mutilada finalmente no cupo en la bolsa relativamente chica que pensaba cargar de arriba abajo para tener permanentemente conmigo el registro detallado de mis compromisos del año, sociales, de trabajo, de viajes, aparte de listas (minuciosas) de quehaceres pendientes y diversos proyectos.

Éste fue el error que cometí y por el que, por más arrepentida que esté, no me perdono.

Para qué lo hice, o para qué lo hice sin tomar medidas en todos sentidos. Y por qué lo hice. ¿Síntoma de qué digo que es? No paso de considerarla una acción autodestructiva. A lo largo de más de cincuenta y cinco años me he dedicado a registrar mi día a día en todos los niveles imaginables, registrarlo y conservarlo. El miedo, la angustia de sentir que, si no lo hiciera, mi día a día se perdería para siempre, es demasiado angustiosa para ser soportable. Y

llevo un número exagerado de años (¿pero en qué consiste o cómo puede medirse un número *exagerado* de años?) enfrentando esta misión autoimpuesta como para que cuando me encuentro al menos cada vez más cerca de que concluyera de forma natural cometa el error que cometí de empezar a concluirlo de forma antinatural, descuidada e irreparable. No me perdono.

Pensé (pero, ¿es que pienso?) en que el uso de la computadora de por sí es un atentado descarado contra el registro y la conservación del día a día a pesar de que pretende ser todo lo contrario. Me parece más un artículo de úsese y tírese. Si es cierto que en ese “ahí” electrónico se guarda “para siempre” y con verdadera precisión “todo”, también es cierto que con idéntica exactitud “todo” lo registrado puede ser inaccesible o indescifrable por otro o simplemente irreparablemente destruido “para siempre” mediante el agua o el ácido pertinente o el martillazo o el botón pertinente también.

PODÍA HABER TITULADO ESTAS PÁGINAS "ENTRE LO ÚTIL Y LO INÚTIL" Y UNA CONCLUSIÓN DE ESTAS REFLEXIONES PUEDE SER: LO QUE CABE, CABE; Y LO QUE NO CABE, NO CABE.

A lo largo de los años de ser diarista he jugado todos los juegos aplicables al diarista. He recorrido la gama de posibilidades que parten de sostener que quien lleva diario quiere que su diario sea leído, a las contrarias, que llegan a sostener que quien lleva diario sueña con quemar el cúmulo completo llegado el momento. ¿Pero cuál es ese momento? ¿Cómo preverlo?

El hecho es que, a lo largo de igual cantidad de años, he creído que guardar éstos y otros documentos (cartas, fotografías, recortes de periódico) podía tener un significado más allá de mí, y cada vez con más frecuencia me asalta la idea de que esto es pretencioso por no llamarlo tajantemente falso, pues basta con pensar que todo mundo hiciera lo mismo para que sea obvio que el material acumulado, interesante o no tanto, sencillamente no quepa, no en una bolsa reducida sino en el espacio: ni siquiera una computadora gigante podría acumularlo y sortearlo.

Si la prensa impresa y los libros impresos están tendiendo a ser electrónicos por temor a que dejen de caber en las bibliotecas y las hemerotecas, y si las computadoras, por mucha carga que aguanten, tienen límites, la tendencia al no registro, a la no conservación, es obvia. Mayormente, si el material consiste

de diarios y sus extensiones, borradores de cuentos, de novelas, de ensayos y las respectivas versiones en limpio de esto último.

Podía haber titulado estas páginas “Entre lo útil y lo inútil” y una conclusión de estas reflexiones puede ser: lo que cabe, cabe; y lo que no cabe, no cabe. ●